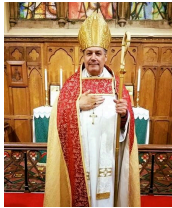




**ARZOBISPO SHANE B. JANZEN**  
**PRIMADO DE LA COMUNIÓN ANGLICANA TRADICIONAL**

**MENSAJE PARA LA CUARESMA 2018**



A medida que entramos en la sagrada Temporada de Cuaresma, nos vemos atraídos al encuentro entre nuestro Señor y el diablo en el Evangelio del Primer Domingo de Cuaresma. Somos testigos de las tentaciones que Satanás le ofrece a Jesús: la tentación de cuestionar la verdad de la Palabra de Dios, la tentación de basar la propia felicidad y seguridad en las cosas de este mundo y la tentación de rechazar el amor de Dios y las falsas promesas y indiferencia de Satanás

En las Escrituras se nos dice que Satanás era un arcángel con el nombre de Lucifer, que significa "estrella brillante"; que se rebeló contra Dios, intentó un golpe de estado en el Cielo, luchó contra las fuerzas del Arcángel Miguel y su ejército celestial de ángeles, fue profundamente derrotado, y sumariamente expulsado del cielo por Dios en la completa oscuridad de la condenación eterna. ¿Y cuál fue el pecado de Lucifer? Desafiar la soberanía de Dios; exigir la igualdad con Dios; creyéndose a sí mismo ser mejor que Dios. Querer determinar su propio destino aparte de Dios; querer "llamar la atención" como diríamos en lenguaje moderno. Desafortunadamente, estos pecados son tan antiguos como el tiempo, y tan actuales como este mismo momento.

Tener el control, hacer las pausas, determinar nuestro propio camino, puede parecer muy importante, casi nuestro derecho. Renunciar al control, entregar nuestras vidas a Dios, caminar por fe en lugar de por la vista, puede ser muy arriesgado y bastante inquietante. Nos gusta tener el control, nos gusta saber qué va a pasar. Reconocer la realidad de nuestra vida, nuestra situación y nuestro lugar en el plan divino de Dios exige fe, coraje, humildad y confianza.

Cuando Satanás citó las Escrituras a Eva en el Jardín del Edén, descubrió con gran placer que la nueva creación de Dios, hecha a la imagen misma de Dios, ni siquiera podía recordar los mandamientos básicos de su Creador. El diablo fue capaz de sembrar las semillas de la duda en las mentes de nuestros primeros padres y guiarlos por el mismo camino de rebelión y destrucción que Satanás mismo había tomado contra Dios antes del comienzo de los tiempos.

Como resultado de la ignorancia voluntaria y la desobediencia de Adán y Eva, el pecado echó raíces en el alma de la humanidad; y, como el diablo y sus ángeles apóstatas, nuestros primeros padres fueron expulsados de la presencia de Dios, no más para habitar en el Edén, ese paraíso de completa perfección, paz y abundancia que Dios preparó por amor a su creación. Con Adán y Eva, la humanidad fue arrojada a la dura realidad de un mundo caído, con las palabras de Dios resonando en sus oídos: "Recuerda, que eres polvo y al polvo volverás".

Estas son las mismas palabras que escuchamos en el Miércoles de Ceniza, cuando nos arrodillamos aquí ante el Altar para ser marcados con cenizas, símbolo de nuestra contrición y de nuestro reconocimiento del poder del pecado en nuestras vidas. Pero como las cenizas de la contrición por el pecado están marcadas con la señal de la Cruz, signo mismo de esperanza y redención, las palabras que Dios habló a Adán y Eva cuando fueron expulsadas del Paraíso también fueron acompañadas por palabras de esperanza y redención. La promesa de la salvación que se forjaría, en la plenitud de los tiempos, a través del nuevo Adán y la nueva Eva.

Y entonces venimos a la Cuaresma. El diablo una vez más hace acto de presencia, esta vez a nuestro Señor en el desierto. El diablo nuevamente busca tentar y engañar, probar al Hijo del Hombre; y para torcer las palabras de la Sagrada Escritura. Él tienta a Jesús; él cita las Escrituras para el nuevo Adán, recordando la caída del primer Adán, esperando hacer tropezar al Unigénito, y así atrapar al Hijo de Dios. Pero como nos lo han revelado en el Evangelio, esta vez las respuestas no están confundidas ni en duda.

El nuevo Adán, Jesús, corrige al diablo y cita la Palabra de Dios con precisión y en el contexto apropiado. Donde la carne es tentada y la satisfacción carnal es ofrecida por el diablo, nuestro Señor responde que los humanos no solo viven del pan sino de cada palabra que sale de la boca de Dios. Nuestra vida, nuestro ser mismo, depende de Dios que pronunció el decreto de la vida. El cuerpo es más que carne, y la vida más que el deseo. Venimos de Dios, somos Suyos, alma y cuerpo, y solo Él nutre nuestras almas y sostiene nuestros cuerpos.

Donde se ofrece el poder terrenal y se cuestiona la omnipotencia de Dios en la segunda tentación, Jesús responde que el poder y la misericordia de Dios no deben probarse ni presumirse. En contraste con el diablo y su deseo de superioridad sobre Dios, nuestro Señor ni siquiera presume su igualdad con Dios, sino que se somete en obediencia y humildad absoluta a la voluntad de su Padre, incluso a la muerte en la Cruz.

En la tercera tentación, a Jesús se le muestra todos los reinos del mundo, su gloria y poder, en un momento de tiempo. Le dice que todo esto será suyo si tan solo inclinara su rodilla al diablo, si el Hijo del Hombre reconociera la soberanía de Satanás sobre la realeza de Dios. Qué sutil, porque Jesús ya es el Rey de reyes y el Señor de señores, toda la creación ya es Suya. Él es la Palabra de Quien se hicieron todos los mundos, Él es el Señor del cielo y de la tierra. Jesús responde y, de hecho, dobla su rodilla, no a Satanás, sino a Dios su Padre, citando a su vez: "Adorarás al Señor tu Dios, ya él solo servirás". No hay otro, no puede haber otro, que Dios; todo lo demás no es más que ilusión y engaño. Solo Dios tiene el poder de salvar; solo Dios es soberano; solo Dios puede levantar lo que ha caído en el pecado y la muerte.

El mundo, la carne y el diablo: estas mismas tentaciones nos llegan a todos, jóvenes y viejos, pecadores y santos, y usualmente en la forma más improbable y seductora. Afortunadamente, la gracia de Dios puede sostenernos en nuestras tentaciones y prevalecer contra las asechanzas de Satanás. Solo tenemos que mirar a Dios con fe, creer en sus promesas, ser obedientes a sus mandamientos y confiar en su amor redentor. Las trampas del demonio siempre se establecen, porque ese es el camino del mal; pero no es el camino de Dios.

Nuestro Señor soportó las tentaciones del mundo, la carne y el diablo para restaurar la obediencia de la humanidad caída a los mandamientos de Dios. Nuestro Señor ofrece a cada uno de Sus discípulos la gracia para resistir estas mismas tentaciones; y ofrece en el lugar del pecado y la muerte, la bendición y la vida.

La temporada sagrada de la Cuaresma es un tiempo para alejarse del pecado y regresar a Dios. Es un momento para reflexionar sobre la voluntad de Dios para nuestras vidas, y volver a comprometernos nuevamente con él. Santiago nos dice: "Someteos a Dios. Resiste al diablo y huirá de ti. Acércate a Dios y Él se acercará a ti". (Santiago 4: 4,5)

*+Shane*

Primado de la Comunión Anglicana Tradicional  
y Metropolitano de la Iglesia Católica Anglicana de Canadá

